

¡Oh feliz culpa!

El problema en Irak no es que los americanos se queden para defender las urnas contra las bombas. El problema es que ellos empezaron con las bombas y, ahora mismo, ni pueden ni deben irse dejando sin protección a las urnas. Pero el poder legítimo sólo puede surgir de los iraquíes, de las urnas, no de las bombas ni de los americanos. Ni éstos pueden justificar *a posteriori*, según el éxito que tenga la implantación de la democracia en aquel país, el haberse metido en esa guerra sin legitimidad alguna internacional. Los tertulianos de la cadena SER, después de las elecciones celebradas en Irak, comentaban con asombro la participación de los electores, en mayor número de lo que cabía esperar según todos los pronósticos, y elogiaban el valor de quienes votaron, como aquella anciana en silla de ruedas, no obstante la amenaza inminente de los atentados. Cuando uno de ellos, ese oportunista que tienen para salvar el contraste de pareceres, dijo sin disimular su satisfacción que, habida cuenta de cómo había transcurrido la jornada electoral y de los previsibles resultados, “los que se opusieron a la guerra, dentro de unos años tendrán que preguntar a los iraquíes que disfruten de la democracia qué piensan de aquella guerra”.

Me dolieron esas palabras, y pensé que lo justo sería en todo caso preguntar a los muertos que están en el hoyo, no a los supervivientes. Y puesto que eso ya no es posible, lo honesto sería callar al menos y, mejor aún, mirar piadosamente al pasado para recordar a las víctimas, traerlas al corazón, a la memoria, y responder por ellas en público para que no vuelva a suceder lo que nunca debió haber sucedido. Sólo eso es justo, y esa es toda la justicia que los vivos aún podemos hacerles. Mientras que olvidar a las víctimas es matarlas de nuevo. Pero hay quienes miran siempre hacia delante, que es donde está el bollo. O el petróleo.

Las elecciones en Irak, las celebradas por los palestinos tras la muerte de Arafat y los últimos acontecimientos en el Líbano, entre otros síntomas, permiten abrigar alguna esperanza en lo que ya se ha comenzado a llamar la “primavera árabe” en el Gran Oriente Medio. Pero aún suponiendo que llegue a granar esa pascua florida, no se puede justificar la culpa de los que antes hicieron la guerra.

El optimismo como valor moral es como la esperanza contra toda esperanza. No es el resultado del pasado, la consecuencia, es más bien la protesta y la contestación. Mirando al pasado no es cierto lo que dice el refrán, que “no hay mal que por bien no venga”. Pase lo que pase, nada bueno puede pasar en el futuro si sólo es consecuencia del pasado. Ni hay que hacer el mal, por supuesto, para que venga el bien de todos modos. Lo

correcto, lo honesto, es acordarse de las causas pendientes, de las víctimas, de los crímenes cometidos, del sufrimiento de los inocentes, no para hundirnos en la miseria sino para salir de ella. Para contestar la realidad que ha sido, que es todavía, desde la voluntad y con la voluntad de lo que debe ser. No para seguir, sino para comenzar. Del mal moral con todas sus consecuencias, los mortales sólo podemos sacar la pena de haberlo cometido. Y eso siempre que seamos capaces todavía de aprender algo. Porque hasta esa capacidad de aprender para el bien, no para el mal, parece que disminuye y la abundancia del mal nos embrutece.

A Cristo lo mataron el Viernes Santo. Pero resucitó, si hemos de creer a sus discípulos. ¿Significa esto que la gloria de su resurrección hizo buena la culpa de quienes lo mataron? De ningún modo. Cambiando lo que hay que cambiar, el efecto dominó en los países árabes y la transición pacífica a la democracia en el Gran Oriente Medio -ojalá que así sea- nunca podrá justificar a quienes hicieron la guerra para mover la ficha. Ni se puede aclamar a Bush por eso, ni cantar como la iglesia en la liturgia de la vigilia pascual: *¡Oh feliz culpa!* Esto no vale. Porque sólo Dios -si lo hay para los mortales- puede escribir recto con líneas torcidas y sacar bien del mal, no de la culpa humana o porque ésta lo merezca, sino a pesar de ella.

José Bada
14.3.2005